Torre | Signo, símbolo y función

Hace 500 años, el 19 de octubre de 1521, la torre de la Catedral de Murcia comenzó a elevarse sobre el nivel del suelo. Ese día se puso la primera piedra tras dos años de duros trabajos de cimentación, siendo obispo de la Diócesis de Cartagena Mateo Lang, y reyes de España Carlos I y su madre Juana I. El papa era León X, que moriría apenas un mes más tarde. El obispo Mateo Lang nunca pisó Murcia, pero su fuerte personalidad fue decisiva para sacar adelante el proyecto de la nueva torre.

El arquitecto que inició la obra ya había trabajado para Mateo Lang en Roma: Francesco Dell'Indaco, conocido aquí como Francesco Fiorentino. Con él se cimentó y comenzó a levantarse el primer cuerpo de la torre, que no llegó a ver concluido. Es Francesco quien confirió al diseño inicial de la torre su lenguaje renacentista, su aspecto de fachada palaciega por cada uno de sus frentes, de veinte metros de largo, y la superposición de órdenes clásicos, contemplando para el campanario el desarrollo de un volumen telescópico. El material básico empleado fue la caliza de canteras del Mayayo, en la sierra de Carrascoy, aunque también se trajo piedra de lugares cercanos a Orihuela y Ulea. Siguió la labor de Francesco su hermano Jacobo Fiorentino, que terminó el primer cuerpo, y a éste le relevó Jerónimo Quijano, quien diseñó el segundo cuerpo con un lenguaje clasicista pero diferentes proporciones, algo más alargadas.

La construcción quedó paralizada desde 1545 hasta 1765, por tener el Cabildo otras prioridades y por los problemas de inclinación que sufría la torre, y ello a pesar de que la cimentación se había llevado a cabo de manera concienzuda con la previsión de elevar un campanario de dimensiones colosales. Murcia estuvo a punto de quedarse con su torre paralizada en el segundo cuerpo para siempre. Sin embargo, en el último tercio del siglo XVIII, el obispo Diego de Rojas y Contreras favoreció la continuación y conclusión de la torre, obras que lideró el arquitecto José López. López venció magistralmente la inclinación hacia levante que habían experimentado los dos primeros cuerpos mediante el incremento del peso en los muros del lado contrario, y diseñó el cuerpo del reloj, los cuatro templetos llamados 'conjuratorios' en cuyos remates se elevan las figuras de los cuatro santos de Cartagena, y el cuerpo de campanas. El último cuerpo, de forma octogonal con cúpula y remate, lo lleva a cabo Ventura Rodríguez tras el encargo de la Real Academia de San Fernando, no sin polémica: 'Gorro' y 'palomar' lo llamaron, entre otras lindezas.

La torre de la Catedral se concluyó en torno a 1793. Pesa unas 20 mil toneladas y tiene una altura aproximada de 94 metros, algo así como un edificio de 30 plantas. Se asciende a su cúspide mediante rampas en los tres primeros cuerpos y escaleras de caracol en los siguientes. Contiene 20 campanas de diferentes tamaños, pesos y tipologías, todas fundidas entre 1790 y 2002. La más antigua, la Mora, del siglo XIV, descansa en el museo catedralicio y cuenta con una réplica en el campanario. En el cuerpo bajo, la torre alberga la sacristía; en el segundo cuerpo se ubicaron

sucesivamente el ropero de la Virgen de la Fuensanta y el Archivo de la Catedral, y fue el lugar donde se reunía el Cabildo en época de riadas; el tercer cuerpo está dividido internamente en dos alturas, siendo una la habitación del campanero y la otra la sala de la maquinaria del reloj. En el cuerpo de los ‘conjuratorios’ hay una capilla para el ‘lignum crucis’, reliquia usada para conjurar plagas y tormentas desde los templetos.

Alfredo Vera Botí afirma que, tras su terminación, la Torre “se transformó en un signo reconocible en todo el valle y en un elemento simbólico a la vez que funcional”: Signo, por ser la única edificación con pretensiones de presencia de la ciudad en la huerta circundante. Símbolo, por los valores representativos que supone. Y funcional, por otras dos razones fundamentales: por una parte, porque tenía la función de convocatoria del campanario; y por otra, porque desde la Edad Media, el régimen de riegos por tandas a que estaba sometida la huerta obligaba a un control de las horas con el fin de evitar conflictos importantes.

Desde su terminación, la torre de la Catedral de Murcia emerge sobre huerta y ciudad y marca un hito reconocible. La presencia constante de su silueta en el imaginario colectivo y en la vida cotidiana de las y los murcianos, encuentra su correspondencia en las incontables representaciones y referencias que de ella se han hecho en la literatura, en la pintura, en la fotografía, en los carteles... Murcia no sería Murcia sin su torre.